



Caribeña de sol a sol, Poli Marichal.
Serigrafía y tintas acrílicas.
2019

Poesía



Rafael Trelles

Utilidad del olvido

*...no basta ser valiente para aprender
el arte del olvido.*

– Jorge Luis Borges

El olvido está lleno de memoria.

– Mario Benedetti

Siempre sospeché que el olvido no es tan malvado como lo pintan. Ahora, que mi espejo está roto y que llevo tiempo tropezando con los escombros de mis convicciones, puedo afirmar, con temor a no equivocarme, que el olvido es una puerta giratoria que abre y cierra en todas direcciones, para todos los gustos y disgustos. Se abre para que entren por ella los ancianos que despertaron un día sin saber el mañana de su nombre. Se cierra para los militares de medallas lustrosas como la sangre, los que no se olvidan de cavar fosas comunes en parajes olvidados. Se abre para los danzantes, esos que se olvidan de sí, para poder bailar en la cuerda de los equilibrios sacros. Y de los que luchan, día tras día para derrotar el olvido y restaurar la memoria, se deja vencer con irónica indulgencia, pues sabe que la memoria está llena de olvido. Por su umbral que nadie recuerda, desfilan los ebrios que quieren olvidar de buena gana. Deja pasar a todos los que tocan a su puerta, pero aquellos que se olvidan de tocar son sus preferidos. En su río de aguas leteas nadan los que ansían ser lo opuesto de sí mismos, una especie de locos felices, aptos para devorar lotos y elevar chiringas. Sabe el olvido que olvidar, es un arte de valientes, que a veces sirve para nacer, pues no es posible beber de la *fuentes*, sin olvidarlo todo de una vez. Sin embargo, no debemos olvidar, que el olvido es también una tumba sin lápida ni epitafio, perfecta para morir, con los ojos bien abiertos, y sin lágrimas.

La sacerdotisa y el loco

*¡Ay! ¡Diosa! ¡Tened piedad de mi tristeza
y de mi delirio!*

– Charles Baudelaire

Cuando la sacerdotisa abrió sus piernas al delirio, pronunció una letanía larga como una serpiente interminable. Su sinuoso discurso no estaba hecho de palabras sino de sonidos, como de sonidos esta hecha la noche. Entre los fieles que la escuchaban con reverencia, un loco impresionado por su oscura lucidez, le ofrendó la sangre de su pie izquierdo. Ella lo abrazó con la anémona grácil de sus cabellos. Entonces, él, que no sabía de discursos, pudo comprender. Los perros que lamían sus llagas, le ladraron al terror de las

pupilas ausentes de la diosa. Esa noche soñó, que la pitonisa ardiente lo copulaba, engulléndolo con su abismo de labios fragantes. Entonces, él, que no sabía de amores, pudo amar. Las copas de los árboles dibujaron un encaje negro en el horizonte de su sueño. Amaneció, poco a poco se apagaron las sombras.

El día en que sucedió

El día en que sucedió, dejaron de suceder las cosas que antes sucedían. El suceso que cambió su vida fue un simple desvío de la atención. Le bastó con sentir la hierba deslizándose entre los dedos de su pie descalzo, para entender de pronto el milagro que se gesta en las semillas. De ahí en adelante nada fue igual: en las calles frenéticas, atestadas de autos y transeúntes, veía batallas de ejércitos de cuarzo; en los lagartos y las rosas de su jardín, un complot de uñas y espinas contra la nada; en las escaleras eléctricas del centro comercial, una fuga de suposiciones en ascenso; en la llama de un candil, el incendio de un templo; en los ojos despoblados de la multitud, el desierto de un imperio muerto, desolado e indiferente como las cosas que antes sucedían.

El mito que no cesa

El mito es la nada que lo es todo.

– Fernando Pessoa

La mente es el laberinto tan mentado, imantado, como una mantarraya presuntuosa que vuela en el mar sin límite de la imaginación. El minotauro soy yo, devorador de hombres incautos que no saben caminar sin mirarse los testículos consagrados en el brindis de la cena. A Teseo, no lo conozco todavía. Él es, el que piensa que está pensando, el que sueña conmigo y con los remotos días del vientre de la luna. Mi amor por él es tan grande, que soy capaz de destrozarlo para salvarle de la muerte verdadera. Desde que nació, camina en círculos, presumiendo que sabe a dónde va. Es tan hermoso como un río que discurre poblado de ojos llorosos, pero él cree que ríe con la gracia de todas las ternuras. La noche menos pensada llegará por estos lares y yo me haré el dormido. Colgada en la pared, mi espada estará dispuesta para su mano. La hará brillar con el metal de su voluntad y me cortará la cabeza de un solo tajo.

Fábula del nuevo milenio

En la Edad Media el hombre puso a Dios en el centro del universo, entonces Dios comenzó a devorarlo todo: a la humanidad que lo creó a su imagen y semejanza, a la naturaleza y a todos sus seres. Acorralado por la Divinidad, quiso el

hombre reemplazarla en su puesto, y desde el Renacimiento hasta nuestros días, comenzó también a devorarlo todo: a Dios, a la naturaleza y a todos sus seres. Cuando el hombre vio que el mundo se acabaría sin remedio, quiso defenderse de su propia voracidad, entonces, se le ocurrió poner a la naturaleza en el centro del universo, pero ya era tarde y la naturaleza lo devoró para siempre.

Pureza

La pureza es presuntuosa pues sabe que es doncella al servicio de los exclusivos, esos que exorcizan y canonizan desde sus sotanas manchadas de semen, los que compran el mundo y lo cargan a la cuenta de los otros, los que proclaman la supremacía de las razas. Aunque posa de mojigata, es lujuriosa y desmesurada como el martirio de los santos o el lupanar que se oculta en los corazones más castos. Existe sin haber nacido, porque nosotros los impuros, insistimos en buscarla en los templos, en el azogue implacable de la culpa, en los manuales de corrección. Lo imperfecto la atormenta con su luz manchada como el sol, y del sol huye para no enfrentarse a la sombra de su cuerpo ausente.

La muerte del hereje

*That corpse you planted last year in your garden,
Has it begun to sprout?*

– T. S. Eliot

Su cuerpo enraizado en el humus teje tapices como una hilandera virtuosa. Ya nunca abrirá sus párpados cansados. Descubrió que el bosque es el templo perdido de las dos columnas; y el bien, la inferencia de saberse uno con las cosas. Contempló la danza del justo y el criminal, que hila la historia a cada instante. Le bastó la niebla del valle, el cantar oblicuo del pájaro, la ruta que le trazaron las estrellas, para morir sin dios.

La sombra en la pared

El crucificado cuelga en la pared y su ominosa sombra nos arropa. Dos mil veintiún años deberían ser suficientes para la sangre de Dios y sus complejas máquinas. Pero Él persiste en su soberbio papel de torturado, en escena y tras bastidores, balanceando su palabra aciaga. Todavía sirve para espantar los pájaros, domar las multitudes y expulsar el paraíso de los ojos jóvenes. Todavía hay reyes y ministros que comen su carne rancia, los domingos en que piensan las masacres y las ventas al por mayor. Todavía las hormigas y los ladrones no conocen a ese Dios. Todavía, su sombra crucificada entristece las paredes.

Fragmento del poemario

La insolente des-nudez de la noche

Un tigre con ojos de mar
lo invita a explorar en otra selva
algunos sábados propenden a la caza por la pantalla
donde un insecto se embota confundido.

Parece que se va

regresa

se detiene.

Es una isla diminuta que busca
un punto luminoso donde atrapar un plenilunio.
Pero todo tiene la transparencia de una salamandra.

Cansado de golpearse contra nada
succiona y espera...
hasta que una cigarra le ofrece la vieja alegría
de los girasoles.

La bombilla parpadea su escasa tibieza
pero la casa sigue fría a esa hora.
Cuando cierra las ventanas
la habitación se llena de pesadillas siderales.
No comprende por qué tantos astros mareados
que provocan una cristalería de anhelos.
Rodeado de paredes
una balada encanecida lo observa desde el sillón
el cigoto de un poema aletea por oxígeno
siente la borrachera del tictac
la espesura de lo borroso
la desfiguración de lo indestructible.

Una lámpara militante
atenta contra cualquier intento de indolencia
lo obliga a desertar de la puta mudez dactilar
saca del zafacón un humillado bollo de papel
donde cojea una estrofa
le quita su costra de ceniza
limpia los residuos de un acomplejado lagrimeo
poco a poco se gana su confianza
para vaciarle nota a golpe
esa carga de peces con sus bocas abiertas
escupiendo carnadas.

Adán enloquecido

(Poema escénico)

¡Es inútil! No podrán vencerme. ¡No podrán!
¿Testarudo? Lo sé. Los soy. Lo seré siempre.
Por eso voy a tocar el horizonte.
Lo haré mañana... ¡Ya verán! ¡El horizonte!
Tan sólo necesito un pedazo de pan, un pedazo de queso
y una mochila.

¡Nada más!

Tal vez encuentre un pequeño unicornio escondido
en la hierba.

¿Qué dice usted? ¿Que no es verdad?
¿Que miento yo? ¿Y para qué mentir?
¿Por qué mentir?
¿Cómo dice? ¿Que miento yo?
¿Para qué? ¿Para qué?
¡Escuche! ¡Escuche!
Yo no descendo a discutir pequeñeces ni estupideces.
A mí, nadie me obliga a hablar estupideces.
A mí, me gustan los poemas,
las canciones y los pájaros...
Me gusta todo lo que tiene sentido,
lo que ayuda a vivir.
Escuche, yo siempre espero mucho de los hombres.
El hombre para el hombre, el hombre con el hombre,
el hombre por el hombre.

¡Eso es todo!
¿Qué no me creen? ¿Qué no es verdad?
¿Que no me van a creer?
Bueno, mejor.

Piensan que estoy loco, ¿verdad?

S-e-e-q-u-i-v-o-c-a-n.

Yo no estoy loco.

Yo nunca he estado loco

¿Vagabundo? ¡Oh, sí, lo soy!

¡Vagabundo!

Por eso mismo voy a tocar el horizonte.

Me llamarán, entonces: el caminante, el caminante
con su sueño.

Pero, ¿loco yo? ¿Loco yo? ¿Dijo usted loco?
Mire, mire, yo lo discuto pequeñeces ni estupideces.

¡Y resuelto el problema!

¡Problema resuelto!

¡Sí señor! ¡Problema resuelto!

Mañana voy a tocar el horizonte.

Mañana mismo voy a tocar el horizonte, ya verán.

¡Oh, qué alegría! Porque...

Pero, ¿qué dice usted?
¿Qué miento yo?
Pero, ¿porqué mentir?
¿Para qué? ¿Para qué? ¿Qué saco con mentir?
No, no, no, yo no meto gato por liebre.
Yo no meto gato por libre, créame.
Bueno, ¡allá ustedes! ¿Ustedes piensan que estoy loco?
Loco de atar, ¿verdad?
Loco.
Loco
¡Pero no se vayan! ¡Pero no se vayan! ¡Pero no se vayan!
¡Vengan acá!
¡Vengan acá!
¡Vengan acá!
Ustedes se equivocan, yo no estoy loco.
¿Loco yo? ¿Loco yo?
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¿Loco, porque mañana voy a tocar el horizonte?
¿Loco, porque clamo esta noche por paraísos imposibles?
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
Voy a sacar lo mejor de mí... eso es todo
Voy a sacar lo mejor de mí...
¡Ya verán!
¡Ya verán!
¡Ya verán!
Señores, síganme, síganme... síganme.

Ebrahim Narváez

El ímpetu de los rayos

A Joaquín Sabina

He llegado hasta aquí
a brindar
porque el linaje de la palabra no desvanece,
porque la entrega es un talismán
de intensos destellos.
Brindo
por los cuartos menguantes pasados,
por los venideros,
por la magia de los faros,
por la verdad que abunda
en todos
los meses de abril.
Brindo por el poeta,
ese que discierne la ninfa del vino
y sonrío en el aliciente fervor de Madrid.

Este mundo está sumido en tantos suburbios
que envejece cuando alguien calla.

Él no.

Es un sorbo de agua
gestando estelas
con la trascendencia del aura.
Concibe armonías puras
cual libélula

que difunde
la fragilidad de su después.

He llegado hasta aquí
porque la luz no desvanece,
a brindar
por el solemne poeta,
ese que dicta las pautas
de los versos del oro
y trae consigo
el ímpetu de los rayos.

Hervor de la piel

Robar la transparencia
urdida
que sobra de la sábana,
junto a ella caminar
por los poros sueltos
que te adormecen;
afirmo:
la desnudez es una colmena de mañanas
reflexiono:
cuántos peces nadan
sin saber qué destino
les espera,
cuántos mueren
sin algún rumbo
emprender.
Serás el embudo
que succione la forma
del arco iris;
luego abriré la ventana de la llama
y dejaré que tu cuerpo
arda muy despacio
sobre este insaciable hervor.

Envío

Le di por encomienda que me trajera de Salomon
La mina de su sabiduría, de David la honda.
En el arca de Noé un bodegón del diluvio.
Una antorcha con la lumbre del primer asombro.
Sal para llenar de estatuas los espejos.

De la rosa el rojo grial de sus jardines,
Una Venus atada al último grito del marmol.
Que en sus redes quedara la blanca ballena
Y la lúcida luna del río de Li Po.
La sangre de todos los condenados
Sollozando en un estandarte.
Un dios encerrado en su propia liturgia.

Que me trajera de Aquiles el llanto
Y de Odiseo la elocuencia y de Troya el duelo.
Las sandalias, la sangre y de los denarios la
(traición.

De Galileo los claros cristales
Con que una noche redondeó el mundo.
De Afrodita el botín de su vanidad,
Del florentino la gracia de la sonrisa.

La envié con órdenes específicas,
Con sus ajustados metros,
Con la cadencia de su retórica
Para que nos devolviera
En un manojo de sombras,
La cicatriz de lo innombrable.

Le dije que si fallaba, si la traición la seducía
Sembraría de ceniza sus campos semánticos.
Que le hundiría en sus alejandrinos
Una horda de bárbaros sanguinarios.
La conminé a que retornara ahíta
(de lo impostergable.
Con todos los elementos dialogando
En las aguas del magnífico Heráclito.

La surtí de hondas alusiones, de astrolabios
De sextantes, de relámpagos, binoculares y
(tránvías.

La aboné con las coordenadas precisas.
El arúspice indagó en el vuelo de las aves
El beneplácito de los dioses.

La despedimos con honores y cánticos de alabanza.
Los más inspirados bardos tejieron en su honor
Las vastas y elocuentes epopeyas.
Cien bueyes se inmolaron en los templos.

Y así transcurrieron las estaciones.
Retornaron las lluvias y el cruel invierno
Y de tanto gritarle al silencio y batallar
Con arduas y grise sombras, de sufrir
El horror de lo indecible, llegó vencida
Humillada, ciega y muda y ahora desfallece
En la última desolada línea
Que es su recuerdo y su epitafio.
Y mi deshonra.

Verba volant, scripta manent

Sí,
Las palabras se las lleva el viento.

Sin embargo,
Lo que está escrito,
Juran que dura
Y permanece

Que desafía las edades.

Por eso me apresuro
A apuntar en mi cuaderno
La gracia invicta
Del viento.

Italicas

*Así dobladitas
Como si cargaran un fervor
alguna pena, cierta discrepancia,
Esos sayos de la culpa...*

*Así dobladitas, diferentes y diferidas.
Como si marcharan sobre un exacto
perfecto, concertado tropiezo.*

*Cómo las espigas
En la mañana
De la brisa...*